

Preciso Momento

Patricio Flores



Capítulo 1

Preciso momento.

La muchacha me dirigió una mirada llena de satisfacción. En ella, en todo su ser abundaban la paz, el control y la seguridad de quien sabe lo que hace. El resto del grupo lucía casi calcadamente igual en una unidad que solo sus caparazones humanos podían individualizarlos.

Acudí a ellos luego de una larga, esperanzadora pero a la vez, decepcionante búsqueda. Vivo en una época donde es fácil para la humanidad deshacerse de aquello que nos duele o sencillamente no sirve. La ciencia avanzó lo suficiente para ello. Constantemente me pregunto, si nosotros avanzamos con ella o retrocedimos proporcionalmente.

También se abrieron muchas conciencias, cansados de buscar respuestas en dispositivos externos, muchos fueron a su encuentro en el interior. Estoy en ese grupo, no sin experimentar todas las dificultades que un hombre anteriormente tan primitivo como yo, tenía que enfrentar.

Muchos grupos médicos, científicos y espirituales han logrado la maravilla de ofrecerte borrar aquellos recuerdos que no quieres o necesitas. Cada vez con mayor éxito, dicen todos. Yo no lo sé. Mi búsqueda es exactamente la opuesta, necesito recordar. Y no un periodo de mi vida, ni algunos nombres o caras que el tiempo me quitó naturalmente. No. Necesito recordar ese preciso momento.

También hay hitos con respecto a ello. El Alzheimer es una enfermedad cada año más frecuente en una población mas vetusta que joven, entre la que me encuentro, claro está. Pero que se ha ido venciendo básicamente porque se transformó en una catástrofe de salud primaria al ser la mayoría de la población vieja. Cada vez más vieja.

Los ancianos viven más y mejor que hace décadas y logran retener muchos recuerdos, palabras, caras y melodías que eran básicas para no perder lo que fueron gran parte de sus vidas.

Yo no estoy enfermo, al menos del alemán ese. Yo sé quién soy, se lo que hecho, lo que gocé y sufrí. Recuerdo a mis padres, hermanos, amigas y amigos, amantes y personas de paso. Solo me falta ese momento esquivo que se escurre como liquido entre los dedos.

—Ya he pasado por esto con otros grupos —le dije a la mujer con el fin de que supiera que no era un novato en mi búsqueda.

—Está bien —respondió ella siempre en paz —pero no de esta manera —Por favor, recuéstese en ese colchón —me señaló con un suave

movimiento de mano abierta, una cama ubicada en el comienzo del patio trasero de aquella casona vieja por la que caminábamos. El camastro estaba ubicado solo y en medio de árboles frutales, maravillas, lavandas, girasoles y encima de una frondosa alfombra de pasto natural. Hojas secas de la parra ubicada en lo alto y por sobre mi próximo aposento, caían desprendiendo un agradable sonido al separarse del conjunto.

No expresé ninguna preocupación u objeción por el curioso escenario. No era la primera vez que pasaba tales experimentos. Me acerqué al camastro. Despejé el pequeño grupo de hojas secas de su superficie y me introduje bajo unas delgadas sabanas blancas.

Reitero, no era mi primera vez experimentado junto a médicos, grupos espirituales o sustancias de todo tipo, por lo que cualquier sentimiento de vergüenza o incomodidad estaban aislados y descartados. Además soy un hombre viejo, a mi edad ya no debiese perturbarme nada, mucho menos estar en una cama en medio de un jardín en una primavera en ciernes, apenas cubierto por una sabana incolora y rodeado de un grupo de personajes que me observaban con una mezcla de fascinación y concentrada templanza.

—Necesito que se concentre en su propia respiración. Escúchela fluir, entrar por su nariz y proveerlo de una energía que llega a cada una de sus células, las vitaliza y luego expire lentamente, haciendo cada vez necesario inspirar consciente de que la vida entra...

Como ya señalé, conocía esta y otras decenas de formas y métodos de meditación, por lo que desde ese punto apliqué lo que sabía y dejé de escuchar a la mujer casi por completo. Aún no me daba lo que necesitaba, a pesar de ello entré en un estado de concentración y paz ya conocido pero lo que diría la mujer a continuación cambiaría muchas cosas.

—Se que lo que digo no es nada nuevo para usted —agregó y sentí que se paseaba alrededor de la cama. —pero el sueño es único, un recuerdo distinto, como saber quién es el que sueña y quien recuerda —y en medio de mi oscuridad vi a la mujer mirándome en una distancia difícil de determinar. Podía observar cada una de sus facciones con detalle, como sus ojos se fijaban en mí sin siquiera pestañar y su boca delgada y pequeña se movía con lentitud, pero a la vez la sentía encima mío, de mi propio rostro como si fuera parte de él.

—¿Eres tú uno o dos? —esbozó para cerrar los ojos y desaparecer en la negrura de mi meditación. Y sin mediar medio segundo más. Estaba allí, en ese café estrecho, de poco más de 5 mesas, con esa mesera de pelo en transición del rojo a un amarillo fuerte, quien sacaba concienzudamente un trozo de torta negra con líneas rojas del mostrador

refrigerado a sus pies.

Me dejé llevar por el sonido del tenedor que la chica depositó en el plato de la torta y sus movimientos lentos pero seguros. A mi izquierda vi a la pareja de color que tomaba un jugo, verde ella, amarillo él. Me quedé observando el pelo del hombre y sus indescifrables y eternos rulos que mantenía cortos sobre su cabeza amplia y luego en los labios gruesos y secos de la mujer de un tono de piel ligeramente más oscura que la de él.

Y luego hice foco y fijé mi vista al frente. Su pelo castaño claro, caía libre por sus hombros cubiertos por una blusa blanca. Jugaba con una delgada cuchara con la espuma del café que entre sus manos observaba con desgano. Levantó la mirada para dirigirla a mí. Vi sus ojos negros posarse sobre los míos y reconocí una tristeza que no sentía hace más de 35 años. Y sentí que eso me sobrepasó. El negro volvió un segundo para transformarse en blanco antes de divisar una hoja cayendo de las alturas bajo un cielo azulado.

—¿Pasó algo? —le escuché a la mujer a un costado de la cama como si supiera que había logrado lo que yo buscaba.

—La vi — y sentí la camisa celeste que llevaba puesta para la ocasión, pegada a mi espalda y a mis axilas. Estaba sudando como si hubiese corrido media maratón. El corazón me palpitaba rabiosamente y lo podía sentir casi en medio de la garganta.

Recuerdo que miré a la mujer dentro de mi agitación y su semblante era de total inexpresividad pero no de quien no le interesa o conmueve lo que ve en otro, sino aquella de quien sabe lo que hace y no le sorprende en lo más mínimo conseguir lo que está a su alcance.

—Encontró lo que buscaba —no preguntó, afirmó.

—Sí, pero no pude prolongar el momento lo suficiente. Necesito volver.

—Eso señor depende de usted —agregó caminando con lentitud alrededor del camastro. Su pelo castaño y liso se movía con el sutil viento que comenzó a dejarse caer en esa tarde.

—Claro, para eso estoy aquí.

—Entonces, cierre los ojos y piense —y en ese segundo admito que no recuerdo si lo dijo o si yo con mis ojos ya cerrados completé mentalmente la frase necesitada.

—El recuerdo es un sueño o se sueña con recordar —dijo y volví donde estuve tantos años atrás. La mesera de pelo pseudo naranja, la

mujer de color y su risa de dientes tan blancos a mi lado, su acompañante sonriendo y a ella al frente mío. Amanda y su mirada triste.

—Necesito que lo entiendas, es lo mejor —escuché a mi voz seca y amarga decirle aquello sin poder cambiar palabra alguna.

—¿Mejor para quién? ¿Para ti? —me respondió con una amargura dibujada en el rostro que en ese momento me estremeció volver a ver.

—Para ambos. Hace un tiempo que esto no viene funcionando.

—¿"Esto"? —me interrumpió ofendida.

—Y es momento de que avancemos cada cual por su lado.

Mientras me escuchaba sin poder modificar un ápice de lo que de salía mi boca, una sensación se apoderó de mí. Era una angustia indescriptible, esa que jamás en los años que me siguieron pude volver a sentir. Lo cierto es que ahora estaba magnificada porque aun sin recordar lo que venía, lo podía sentir, como también que no podía hacer nada para evitarlo. Tampoco estaba allí para eso, lo supe, pero todo me sobrepasaba.

—Habla por ti —me dijo y una lágrima comenzó a caer por el borde de su ojo izquierdo. La cortó a medio camino con su índice derecho. —Hoy es tu trabajo lo más importante ¿no? Antes fue tu papá enfermo, después tus estudios, ahora este traslado que incluye una nueva vida para la que no estoy contemplada.

—¿Cómo quieres que tengamos un futuro juntos si nuestro presente es horrible? —me oí. Y sentí como quien sabe que viene esa línea del libro, del guión que te desmorona cada vez que la lees o ves.

—Yo te amo pero...

—Eso no es amor —dijo. Ya la pena la había dejado atrás, lo que había en ella era convicción. —El amor requiere valentía para asumir que no es eterno porque sí, que no es algo que se da por sentado, que tienes que cambiar para hacerlo valioso. Nunca lo entendiste. Ahora lo veo. Siempre has sido...

Se detuvo sin dejar de mirarme en ningún momento. No hacía falta que lo dijera, siempre fui un cobarde. En ese momento y ahora décadas después, podía completar la frase.

Sus ojos no reflejaban odio, si rabia pero tras ellos había una inmensa pena. Ahora de viejo podía leerlos mejor. Pude interpretar que eso se llama decepción. Corrió con una mano la taza de café frente a ella,

siempre con discreción, sin ningunas ganas de llamar la atención. Se puso de pie y en silencio se dio la vuelta encaminándose a la puerta de ese café. Sus tacos me sonaron a música tantos años sin ella, esa fue la última vez que los escuché.

—Amanda...—dije y ahí comprendí que había llegado el momento para el cual había hecho tantos esfuerzos, malabares y búsquedas. Ella no se detuvo y salió del lugar batiendo la puerta de vidrio y haciendo sonar una campana que se fue extinguiendo de a poco.

Ahora, tantos años después supe que estaba ahí para recordar no lo que hice o dije sino lo que no le pude decir. Que después de llamarla por su nombre por última vez, quería pedirle perdón por no haberme creído capaz de hacerla feliz pese a lo mucho que la amaba. Porque si que la amaba. Dios, como la amaba. Su compañía, su perfume, la manera en que me hacía reír y como me daba la sensación de que no me hacía falta nada a su lado. Que mi inmadurez no me dejó asumir, porque lo veía, que no fui capaz de hacer ningún cambio para avanzar con ella. Pensé que era para siempre.

Ahí supe que quise recordar aquello que callé. Y hacer de cuenta que lo dije.

De pronto y en medio de este recuerdo, todo se empezó a difuminar hasta convertirlo todo en blanco. Pronto la mujer y sus discípulos volvieron a aparecer.

—Lo hizo —vociferó ella.

—Sí —dije sentado en la orilla de la cama. —Gracias.

—Esto lo ayudara a avanzar —agregó sonriendo por primera vez y ese gesto me dio una paz tremenda.

Me fui del lugar lamentando no haber prolongado aun mas mi visita a Amanda sabiendo que la volvería a ver pero que sería incapaz eso sí, de prevenirle sobre el accidente que tendría con su auto exactamente un año después de esa conversación en el café y que se llevó su vida. Y mucho de la mía.

No estuve allí para cambiar algo. No hubiese podido, eran solo recuerdos pero cuantas ganas tuve de hacerlo.

Lo cierto es que debía recordar el momento exacto en que pude hacer algo por mí, por ella y no lo hice. Entender que eso determinó quien fui por todos estos años y que ahora que tengo que seguir avanzando quizás

esté listo para verla de nuevo y decir lo no dicho.

FIN.